

DIPLOME : LICENCE NIVEAU : 1

INTITULE DE L'EPREUVE : **UE 13 Littérature XIXe**

Epreuve pour DA- DA& ASSIDUS  
(rayer la mention inutile)

DATE : 6/01/2010

HEURE : 8h30

SALLE : CIL 405.

DUREE : 3 h

NOM DU PROFESSEUR RESPONSABLE : Jocelyne AUBE-BOURLIGUEUX

OBSERVATION DU PROFESSEUR : Aucun document autorisé

A partir de la lectura de este trozo de *MIAU*:

- 1- Situar y presentar el texto dentro de la obra (destacar la problemática planteada aquí)
- 2- Estructurar el conjunto presentado sus principales articulaciones.
- 3- Explicar el sentido de este trozo en *MIAU*, sin olvidar la forma utilizada, según la metodología estudiada en clase de TD.

## XXIX

Por un instante, Cadalso lo vio ante sí cosa alguna. Todo tinieblas, vacío, silencio. Al poco rato, aparecióse enfrente el Señor, sentado, ¿pero dónde? Tras de él había algo como nubes, una masa blanca, luminosa, que oscilaba con ondulaciones semejantes a las del humo. El Señor estaba serio. Miró a Luis, y Luis a él en espera de que le dijese algo. Había pasado mucho tiempo desde que le vio por última vez, y el respeto era mayor que nunca.

—El caballero para quien trajiste la carta —dijo el Padre—, no te ha contestado todavía. La leyó y se la guardó en el bolsillo. Luego te contestará. Le he dicho que te dé un sí como una casa. Pero no sé si se acordará. Ahora está hablando por los codos.

—Hablando —repitió Luis—, ¿y qué dice?

—Muchas cosas, hombre, muchas que tú no entiendes —replicó el Señor, sonriendo con bondad—. ¿Te gustaría a ti oír todo eso?

—Sí que me gustaría.

—Hoy están muy enfurruñados. Acabarán por armar un gran rebumbio.

—Y usted —preguntó Cadalso tímidamente, no deidiéndose nunca a llamar a Dios de tú—, ¿usted no habla?

—¿Dónde, aquí? Hombre... yo... te diré... alguna vez puede que diga algo... Pero casi siempre lo que yo hago es escuchar.

—¿Y no se cansa?

—Un poquitín, pero qué remedio...

—¿El caballero de la carta contestará que sí? ¿Colorarán a mi abuelo?

—No te lo puedo asegurar. Yo le he mandado que lo haga. Se lo he mandado la friolera de tres veces.

—Pues lo que es ahora (con desembarazo), bien que estudio.

—No te remontes mucho. Algo más aplicado estás. Aquí, entre nosotros, no vale exagerar las cosas. Si no te distrajeras tanto con el álbum de sellos, más aprovecharías.

—Ayer me supe la lección.

—Para lo que tú acostumbrabas, no estuvo mal. Pero no basta, hijo, no basta. Sobre todo, si te empeñas en ser cura, hay que apretar. Porque, figúrate tú, para darme una misa, has de aprender latín, y para predicar tienes que estudiar un sín fin de cosas.

—Cuando sea mayor lo aprenderé todito... Pero mi papá no quiere verme cura, y dice que él no cree nada de usted, ni aunque lo maten. Dígame, ¿es malo mi papá?

—No es muy católico que digamos.

—Y la Quintina, ¿es buena?

—La tía Quintina sí. ¡Si vieras qué cosas tan bonitas tiene en su casa! Debías ir a verlas.

—Abuelita no me deja (desconsolado). Es que a la tía Quintina se le ha metido en la cabeza que me vaya a vivir con ella, y los de casa... que nones.

—Es natural. Pero tú, ¿qué piensas de esto? ¿Te gustaría seguir donde estás y que te dejaran ir a casa de la tía para ver los santos?

—¡Vaya si me gustaría!... Dígame, ¿y mi papá está aquí dentro?

—Sí, por ahí anda.

—¿Y también él hablará?

—También. Pues no faltaba más....

—Usted perdóne. El otro día dijo mi papá que las mujeres son muy malas. Por eso yo no quiero casarme nunca.

—Muy bien pensado (conteniendo la risa). Nada de casorios. Tú vas a ser curita.

—Y obispo, si usted no manda otra cosa...."

En esto vio que el Señor se volvía hacia atrás como para apartar de sí algo que le molestaba... El chico estiró el cuello para ver qué era, y el Padre dijo: "Largo; ídos de aquí, y dejadme en paz". Entonces vio Luisito que por entre los pliegues del manto de su celestial amigo, asomaban varias cabecitas de granujas.

El Señor recogió su ropa, y quedaron al descubierto tres o cuatro chiquillos en cueros vivos y con alas. Era la primera vez que Cadalso les veía, y ya no pudo dudar que aquél era verdaderamente Dios, puesto que tenía ángeles. Empezaron a parecerse por entre aquellas nubes algunos más, y alborotaban y refan, haciendo mil cabriolas. El Padre Eterno les ordenó segunda

¡remontar!

¡remontar!

¡jujica de las mujeres!

vez que se largaran, sacudiéndoles con la punta de su manto, como si fuesen moscas. Los más chicos revoloteaban, subiéndose hasta el techo (pues había techo allí), y los mayores le tiraban de la tónica al buen abuelo para que se fuera con ellos. El anciano se levantó al fin, algo contrariado, diciendo: "Bien, ya voy, ya voy... ¡Qué machacones sois! No os puedo aguantar". Pero esto lo decía con acento bonachón y tolerante. Cadalso estaba embobado ante tan hermosa escena, y entonces vio que de entre los alados gramujas se destacaba uno...

¡Control era Posturitas, el mismo Posturus, no tieso y livido como lo vió en la caja, sino vivo, alegre y tan guapote. Lo que llenó de admiración a Cadalso fue que su condiscípulo se le puso delante y con el mayor desgarro del mundo le dijo: "Miau, fú, fú...". El respeto que debía a Dios y a su séquito, no impidió a Luis incomodarse con aquella salida, y aun se aventuró a responder: "¡Pillio, ordinario... eso te lo enseñaron la puerca de tu madre y tus tías, que se llaman las erpidas!" El Señor habló así, sonriendo: "Callar, a callar todos... Andando...". Y se alejó pausadamente, llevándose por delante, y hostigándose con su mano como a una bandada de pollos. Pero el recondenado de Posturitas, desde gran distancia, y cuando ya el Padre celestial se desvanecía entre celajes, se volvió atrás, y plantándose frente al que fué su camarada, con las patas abiertas, el hocico risueño, le hizo mil garatuzas, y le sacó un gran pedazo de lenguaza, diciendo otra vez: "Miau, Miau, fú, fú...". Cadalso alzó la mano... Si llega a tener en ella libro, vaso o tintero, le descalabra. El otro se fué dando brincos, y desde lejos, haciendo trompeta con ambas manos, soltó un Miau tan fuerte y tan prolongado, que el Congreso entero, repercutiendo el inmenso mayido, parecía venirse abajo...

Un portero con una carta en la mano despertó al chiquillo, que tardaba mucho en volver en sí. "Niño, niño, ¿eres tú el que ha traído la carta para ese señor? Aquí está la respuesta. Señor don Ramón Villaaamil."

—Sí, yo soy... digo, es mi abuelo —contestó al fin Luisito, y restregándose los ojos, salió. El fressco de la calle despejóle un poco la cabeza. Estaba lloviendo, y su primera idea fué para considerar—que se le iba a

poner la ropa perdida. Canelo, a todas estas, había matado el tiempo en la Carrera de San Jerónimo, calle arriba, calle abajo, viendo las muchachas bonitas que pasaban, algunas en coche, con sus collares de lujo, y cuando Luis salió del Congreso, ya estaba de vuelta de su correría, esperando al amigo. Unióse a éste, esperando que comprase bollos; pero el pequeño no tenía cuartos, y aunque los tuviera, no estaba él de humor para comistrajos después de las cosas que había visto y con el gran trastorno que en todo su cuerpo le quedara.

¿Y la carta?... ¿qué decía la carta? Con trémula mano abrióla Villaaamil (mientras doña Pura se llevaba dentro al chiquillo para mudarle la ropa), y al leerla se le cayeron las alas del corazón. Era una de esas cartas de estampilla, como las que a centenares se escriben diariamente en el Congreso y en los Ministerios. Mucha fórmula de cortesía, mucho trasteo de promesas vagas sin afirmar ni negar nada. Cuando su mujer acudió a enterarse, Villaaamil ofrecía un aspecto trágico, mostrando la epístola abierta, arrojada sobre la mesa. "Ya —dijo la Miau, después de leerla—, las pauplinas de siempre. Pero no te apures, hombre. Vete mañana a verle, y..."

—Cuando te digo (con atroz desaliento), que entre unos y otros me están jorobando..."

Pasó la noche sumido en negra tristeza, y a la mañana inmediata, cambio completo de decoración. En la afanosa vida del pretendiente, ocurren estos ruidos contrastes que les hacen pasar del desconsuelo a la esperanza.

B. Pérez Galdós

« Miau »

capitulos anteriores

(4)

2